

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—Amor y fatalidad, leyenda caballerescas por A. E. de E. y S. (continuacion).—El lenguaje poético, por Almansor.—El tabaco, por D. J. Puget.—Múrcia. (De Pablo Derouléde,) por D. J. B. Enseñat.—A mi amiga la Srita. doña Ramona Frances mandándole ejemplares de mi oda «Artá», por Estelrich.

GRABADOS.—Después del trabajo. (Bosquejo por D. N. Reste, dibujo del mismo.

AMOR Y FATALIDAD.

LEYENDA CABALLERESCA.

(CONTINUACION.)

SEGUNDA PARTE.

VII.

LUIS DE RICHEMONT.



RES días han transcurrido desde los últimos acontecimientos hasta la época en que volvemos á anudarlos. Dos caballeros salían á la hora del alba del castillo de don Beltran, en magníficos alzanes y galopando silenciosamente, guardando el uno del otro respetuosa distancia, como si fuera amo y criado. Dirigieron sus caballos á la vecina selva, y entraron en ella á tiempo que el astro luminoso del día empieza su camino. Este magnífico espectáculo apenas les llamó la atención, lo que probaba cuán distraídos y preocupados iban, pues por mas acostumbrados que á él estemos, siempre miramos con admiración su grandeza.

Largo rato caminaron sin detenerse hasta llegar á un aislado torreón, cuya puerta, previas

las ordenanzas y precauciones necesarias, les fué franqueada por un hombre armado. Uno de los caballeros cruzó el porton, dando antes algunas disposiciones á su acompañante, y hablando al armado cancerbero, se dirigió á una escalerilla que éste le indicó con la punta de su lanza; el otro caballero, llevando el caballo de su compañero del diestro, le imitó en pasar el porton y en hablar al hombre de armas, el que también le indicó una puerta, á la que como el primero, encaminó las dos cabalgaduras. Sigamos al primero, que nos pondrá en relaciones con el héroe de esta leyenda, y nos introducirá á su presencia con la debida política usada entre los hombres políticos, se entiende, *no políticos*.

El caballero cruzó algunos salones, y no paró sino en uno mas espacioso que los demás, suntuosamente amueblado, y en el que habia un hombre con la cabeza inclinada entre sus manos, contemplando un objeto que en ellas tenia. Al ruido que el desconocido hizo al entrar, procuró ocultar el objeto de su contemplación, y alzando su admirado rostro, clavó su mirada en el del que acababa de entrar, como si le costara trabajo conocerle, ó que conociéndole no daba crédito á lo que los ojos le aseguraban.

—¿Sois vos? no os esperaba, caballero, le dijo.

—¿Por qué no? ¿Tan poca fé dabais á mi palabra?

—Os esperaba, pero nunca creyera que hoy estuviérais aquí.

—Alguna razon tendreis para fundar vuestras conjeturas.

—Ciertamente que sí, no os ofendais porque os considero como á mi amigo, como á mi hermano; pero, añadió con melancolía triste, en la felicidad somos muy egoistas, teniendo razones para obrar así; es tan escasa y tenemos tan poco

tiempo para gustar sus encantos, que apenas aplicamos á nuestros labios los bordes de la copa del placer, nos es arrebatada, y debemos procurar que así no se verifique, no atendiendo exclusivamente sino á nosotros.

—Bien decís á fé mia, y lejos estoy de incomodarme por vuestras palabras, antes bien, digo como vos hace poco. ¡Es tan corta la felicidad!

—Qué, ¿tambien sereis desgraciado?

—¿Luego lo sois vos? Ya me lo habia sospechado.

El interpelado se sonrió dulcemente, y dijo:

—¿No os lo dije en nuestra anterior entrevista? Roberto, empiezo á creer en vuestra desventura ó en vuestro esceso de felicidad.

—Y no pensareis mal en creer lo primero.

—¿No os casásteis con la que amábais? ¿No es vuestra esposa un ángel? ¿No os amais? ¿No tenéis un nombre ilustre?... ¿De qué os quejais? ¿Porqué llamarse infelices?... ¿Qué nombre deberé tomar yo sin familia, sin nombre, enamorado de un imposible?...

—Calmaos, calmaos, Luis, y no vayais tan lejos, interrumpió Roberto, ¡ay de mí! que vuestros asertos son falsos... ¡Mi matrimonio no se ha verificado!

—¡Decís que no se ha efectuado! exclamó vivamente Richemont.

—No: hoy era el dia destinado... pero la fatalidad se ha opuesto.

—¿La causa? ¿Se ha negado ella? ¿Su padre? preguntó con ansiedad don Luis; perdonad este interés, Roberto, efecto de nuestra amistad.

—¡Ah! mi buen amigo, nadie se ha opuesto sino el cielo. Florinda yace postrada en el lecho del dolor.

—¿Cuál es su padecimiento? volvió á preguntar con mas ansiedad don Luis.

—No sé, perdió el conocimiento, que ayer no habia aun recobrado, delira, y su mal creo yo... Roberto no acabó su frase, pero su tristeza se aumentó.

—¡Cielos! exclamó Richemont apretando los puños, y dejando caer el objeto que á la llegada de Roberto contemplaba, otra desgracia.

—Richemont, ¿osareis blasfemar así del divino poder?... dijo con severidad Roberto mirando al suelo, como para esplicarse la exaltacion de Luis, que se le figuraba habia en ella otro móvil que la amistad.

El suelo esta vez contestó á su duda.

El primer punto de vista de su mirada fué el objeto que de las manos de Luis se escapara ha-

cia poco, aquel objeto no era sino un retrato, al que se le antojó al de Acuña conocer su original; levantóle del suelo y no daba crédito á lo que veia. Era de ella, era de Florinda, ¿cómo estaba en poder de don Luis? ¿Por qué habia llevado su dolor á tanto extremo? ¿Qué relaciones habia entre Florinda y él?

No hay duda que se amaban: la repentina indisposicion de ella al saber que su matrimonio con Roberto era un hecho; la tristeza de Richemont, la contemplacion del retrato, su alegría al participarle lo libre que era aun Florinda, sus blasfemias al conocer su enfermedad, eran pruebas incontestables de su mútuo y recíproco querer. Roberto no pudo contener su despecho, y con voz tonante gritó:

—¿Qué es esto? ¿Con qué derecho poseeis este retrato, caballero? debéis saber de quién es; y Roberto se cruzó de brazos, esperando una respuesta que el otro no se curaba de darle.

—No os sincerais, no respondeis: bien, caballero, bien, cruzaremos nuestros aceros.

—Pronto estoy á daros la satisfaccion que me pedís, caballero, contestó con sosegada voz Luis, pero no os la daré sin enteraros primero que no sé si soy noble, plebeyo ó judío; ¿quién es Richemont? ¿de dónde salió Richemont? Oigo decir en mi derredor; y todos se burlan de mí y me señalan con el dedo; y estoy como maldito... Amo y me aman; á la muger de mi amor la ha hecho desgraciada mi pasion... solo la Providencia puede salvarla; mi amistad no trae sino infelidades. La muerte ¿creéis que la temo? De ninguna manera; será el lecho de rosas donde descansen del camino erizado de espinas que en la vida he atravesado... ¿Qué derechos alego á la felicidad?... Mis hazañas, mi valor, mis virtudes... Já, já, já... un bastardo, un miserable, un vagabundo, no debe saltar la barrera que la suerte le puso... La muerte será mi única delicia, deseaba encontrarla, pero ella me detenia, ella la arrebatará para siempre su guadaña, no la veré sino allí, me aguarda risueña en otro mundo; ven, ven, me dice... Crucemos pronto nuestras espadas, quiero que sea ahora mismo.

Estas incoherentes frases que Richemont vertió, conmovieron profundamente á Roberto; que tenia uno de esos caracteres nobles y enérgicos, una alma grande capaz de grandes acciones, y que los mayores sacrificios eran, por decirlo así, como patrimonio suyo. En su relacion del torneo, vimos que á pesar de ser el héroe de la fiesta, admiraba sin embargo, el valor y pujan-

za de sus adversarios y amigos, y que casi los creía superiores á los suyos. Enamorado ardientemente de Florinda, rechaza su mano con nobleza en caso que á ella le repugnase este enlace, y ahora que conocia que la hermosa no le amaba, que habia representado el papel de un tirano, que amaba al hombre que le habia salvado la vida, al hombre que á pesar de amarla con delirio, sufría en silencio el martirio de verla pasar á otros brazos. Sus nobles cualidades y la superioridad que Luis tenia sobre él, sublevó su noble orgullo de no portarse con ménos generosidad que Richemont; así que su furor, sus celos, desaparecieron, sustituyéndoles la compasión y la amistad, jurando contribuir por cuantos medios pudiera al mejor éxito en los amores de los dos jóvenes. Con voz dulce dijo á don Luis:

—¿Amáis á Florinda?

—Sí, la amaba con puro amor, destinábala para mi esposa; en esta confianza nuestra falta fué grande.

—No os comprendo, habeis dicho fué grande; confiad en mí, aun podrá componerse... ¡qué diantre! todos los males tienen su fin.

—Los míos no lo tendrán nunca.

—Os digo que confieis en Dios y en mí, y todo se arreglará satisfactoriamente... me habeis salvado la vida, y deber mio es pagaros deuda tan sagrada.

(Se continuará.)

EL LENGUAGE POÉTICO.

Edad feliz aquella en que á la Diosa,
El gran cantor, sin que le hicieran guerra,
Pudo llamar, para llamarla hermosa,
La Diosa de los ojos de becerra;
Edad en que la Musa el talle leve,
Nunca estrujó con esa falsa estética
Que lleva por corsé la musa ética
Del siglo diez y nueve.

Yo quisiera cantar en una oda,
La tarde en que á mi estrella favorable,
Le plugo hacer un sueño realizable
Del sueño que llenó mi vida toda;
¿Mas lo creereis? No puedo
—Si no han de señalarme con el dedo
Como secuaz del género realista—
Porque, en mi afan ardiente,
Para aquella poética entrevista,

El árbol no escogí prudentemente;
Y vino á ser dosel de mi ventura,
El que á la balear agricultura
Recomienda el moderno apostolado,
Y nutre á cierto ser que va enlazado
Al nombre de Balan en la Escritura.

¿Y quién, si ha de estampar,² pongo por caso,
En una frente amada el primer beso,
De escogitar se cura para eso
Un árbol de la Flora del Parnaso,
Cuando es así que la amorosa fiebre
Del que sabe adorar como yo adoro,
Convierte en luz y pabellones de oro
La sombra y telarañas de un pesebre?

La verdad en el arte reine solo,
En el templo de Apolo
Suene el himno de Riego,
Y, á despecho del plátano y la acacia
Y demás vegetal aristocracia,
Proclamaré con fuego,
Tiernamente abrasado al algarrobo
A cuya sombra hallé pródigo asilo,
Que se puede sentir el mismo arrobo
Al pié de un algarrobo que de un tilo.

ALMANZOR.

EL TABACO.

—Antoniol...

—Señor?

—Traiga V. el braserillo con bastante fuego,
que he de escribir un artículo
.

Cualquiera se figurará al leer esto, que yo hago los artículos fritos, ó al fuego, como si fueran una tortilla ó un estofado.

Pero no es eso, no; mis pobres artículos pe- can, por desgracia, de frios por mucho fuego que le pida á mi criado, y aun cuando no los fria no puedo escribir sin fuego.

Algunos que me ven escribir, dirán que escribo *al vapor*, no sé si por lo aprisa ó por que mi boca parece una chimenea.

Con efecto mi pluma dá mas vueltas en un minuto que un helíce, y no hay fornalla que des- pida tanto humo como mi boca; cuando se acaba el combustible disminuye la velocidad de la plu- ma, acabando por extinguirse el movimiento quan- do se desvanece el calor.

Es decir que no puedo escribir sin fumar.

De modo que me es muy comun el decir, no puedo escribir porque no *tengo tabaco*.



DESPUES DEL TRABAJO.

(Bosquejo por D. N. Reste, dibujo del mismo.)

O bien; no puedo escribir más, estoy cansado de fumar.

No ha mucho tiempo me encargaron una poesía y contesté;—No puedo hacerla porque tengo un grano en la lengua.

—¿Pero escribe V. con la lengua...? me preguntaron.

—No, pero la nicotina me irrita el grano que en ella tengo.

Así es que los ratos de ocio que destino á embadurnar papel, me salen caros, no por el papel que gasto, ni por la tinta, sinó por el tabaco.

Y digo caro, porque hay tres cosas que sobre gustarme buenas y escogidas no me gusta cambiarlas que son, *tabaco, vino y mujer*.

Cuántas veces escribo, como ahora, sin saber lo que voy á escribir, y solo escribo por fumar, en cambio de las muchas que fumo por escribir!

De manera que tomo á la vez la pluma y el cigarro, el papel y la petaca y echo al mismo tiempo tinta y pensamientos, humo y saliva.

Y digan lo que quieran, el cigarro es un gran recurso, es un talisman, un perfume que entona el cerebro, un lenitivo que muchas veces calma sus impetus.

Cuántas veces brota una idea magnífica entre el humo del tabaco; cuantas veces se encuentra un sonoro consonante al traves del humo, y cuantas veces, cuantas el marido, el soldado, el banquero, el ministro y hasta el último criado, concibe la fatal idea de hacer una de San Quintin, y el simple humo de un cigarrillo, le hace entrar en reflexion y la idea fatal se desvanece con el humo del pitillo.

Una tarde nos perdimos una vez un anciano y yo, en un frondoso monte de América.

La noche se acercaba y no encontrábamos la salida.

Los momentos eran supremos.

—Sentémonos, me dijo mi compañero, y fumemos.

Al tirar la colilla del cigarro, estábamos ya orientados por la puesta del sol.

Yo conocia un médico, gran operador, que no sabia operar que no fuera con el cigarro en la boca.

Napoleon dicen que concibió sus mas atrevidos y felices planes al calor de los cigarrillos que con profusion gastaba.

Vamos: con perdon sea dicho del bello sexo, el tabaco tiene mucho de poético, de ideal y sublime.

Hay diversiones, placeres y deleites que no se

dejarian por nada en el mundo... y se dejan por un cigarro..!

¿No habeis estado alguna vez al lado de una mujer seductora, que no hubiérais dejado por nada del mundo, y sin embargo.... la habeis dejado por un cigarro?

Cuántas veces habeis dejado de estrechar el brazo de vuestra mujer, por dar al aire fátuas bocanadas de humo que el viento lleva.

No en balde una poetisa dijo, criticando á los hombres:

Un fumador no desea
Mucho nuestra compañía
Y el humo más le recrea
Que el rostro de más valía.

Nos olvidan sin razon
Por un culto más tirano...
No se priva su pasion
Por nosotras de un habano.

Y cuando pasa un momento
A nuestro lado en hablar
Lo considera un tormento
Sino puede—¿qué...? Fumar...!

Pero esto lo dice una poetisa, y una poetisa es una mujer muy poética; en cambio á mi otra mujer más prosáica, pero mas mujer, me dijo que el hombre para ser hombre ha de oler á vino, y á tabaco.

En fin esto es cuestion de gusto, ó mejor dicho de olfato.....

Fumemos pues... quiero decir continuemos fumando... digo escribiendo.

No hay duda de que el vino, el juego y la mujer embriagan, pero tienen sus peros, mientras que el tabaco es el amigo mas inocente del hombre, se entiende el fumar, porque tambien es tabaco el mascar y el que huelen ó sorben cosa que yo no admito, sinó que repruebo y condeno, porque, francamente señores, esto de gozar por las narices.....

Pero fumar..! ¿qué delito hay en echar humo?

Reparad que todos los pueblos tienen su Dios, su danza, y su narcótico.

Y el tabaco debe ser el dios de los narcóticos cuando tiene tantos prosélitos y no debe ser cosa tan mala cuando hay tantos que lo fuman bien.

Nicot, embajador portugués, dicen que lo trajo á Europa, de la isla de Tábago, de donde toma

su nombre de tabaco, y de Nicotina, cuyas radicales conserva en casi todos los idiomas europeos.

Poco sabia el señor Nicot lo que se hacia trayéndonos esta *solonacea*; no pocas pestes le habrán echado las mujeres, porque eso sí, no veis una que no reniegue del tal tabaco, y que no haga mil aspavientos al ver nuestra espiral de humo...

Cuento al canto:

Iba yo una vez en un ferro-carril de la América española, pais en donde se fuma en todas partes menos en la iglesia, gracias á no sé que decreto de no sé que *Urbano*.

Iba como digo en el tren, y, aun cuando no escribia, sin embargo chupaba una rica breva *Partagás*, cuando en mal hora se me ocurrió preguntar á una vieja remilgada que á mi lado estaba, si la incomodaba el humo del tabaco; tantos eran los visages y ascos que hacia aquella encartonada momia.

Díjome que si, y, con dolor de mi alma y de mi boca, arrojé el magnífico habano, dándole antes tres chupadas, con la misma fruicion con que uno besa una mujer hermosa cuando se despide de ella (si se deja besar), así anduve, ó me hicieron andar leguas y leguas con los fuegos apagados, hasta que paró el tren diez minutos en una estacion.

Salto, enciendo otro *Partagás*, y era tanto el humo que echaba, y la priesa que me daba en fumar, que al dirigirme á cierto lugar, no vi el rótulo que decia *Señoras* y... que direis que veo, señores? Pues hallo allí, á mi vieja escondida, fumándose un veguero de un palmo...

Crea V. luego en las mujeres! ni hablando del humo dicen la verdad.

Pero por fortuna son pocas las mujeres que fuman; todo lo que me agrada el cigarro en el hombre, me disgusta en la mujer; la generalidad de ese sexo (me habia olvidado el *bello*, gracias á una chupada de mi cigarro) condena el vicio de fumar pero, no por el humo, no; sino porque tienen en el cigarro un poderoso rival; lo condenan pues, por celos ó por egoismo.

Efectivamente, estais en el teatro, ó en un baile ó reunion, con vuestra esposa ó amada, quien, sino un cigarro os arrancaria de su lado durante el entreacto?

No le direis voy á ver á mis amigos, ni voy á beber, como los chiquillos, ni voy á tomar el fresco: le direis voy á fumar un cigarro ó sin decir nada sacais la petaca y el cigarro es el pasaporte, el salvo conducto, y una vez fuera del

dominio, de la vista de nuestra mujer, porque el humo es como una nube que os eclipsa, entonces, por casualidad veis á Fulano ó á Fulana; si salís del teatro, vais á comprar tabaco, si tardais es que el tabaco no quiso arder, si volveis de mal humor es porque el tabaco os ha emborrachado.....

Ay... ¡desgraciado del hombre que no fuma!

Cuando en un teatro veo en un entreacto una mujer que habla al lado de un hombre que bosteza, digo ¡aquel desdichado no es fumador!

En resumidas cuentas, el hombre que no fumare por gusto ha de fumar por recurso, por necesidad.

Cuando en un intermedio se reunen varios hombres para fumar, el hombre que no fuma hace un mal papel, hace un papel muy frio supuesto que no tiene fuego ni aun en la boca; parece, allí uno que está demás, parece una mujer con barbas y pantalones.

No hay duda de que el tabaco es un narcótico desagradable al paladar, y que causa una embriaguez mucho peor que la del alcohol, sin embargo todos los hombres pasamos por el duro aprendizaje de fumar.

No me digan á mi que el primer cigarro se fuma con gusto, si fumamos y persistimos en fumar cuando niños, es por hombrear, porque el ser fumador es una prueba de ser hombre y.....

Pero se ha acabado el cigarro y no me es posible seguir por aquello de que no puedo escribir sin fumar, y así lector hasta otro pitillo.

JOSÉ PUGET.

MURCIA.

(DE PABLO DEROULEDE.)

Seno nevado, corazon de acero.

En setecientos diez, cuando tenian
A Abd-el-Azis-ben-Muza por emir,
Los árabes á Murcia circuián,
Siendo jefe cristiano Teodomir.

De Cartagena al muro toledano
La media luna alzabase doquier.
Tras de un lustro de esfuerzo sobrehumano,
Quedó España sin sangre que verter,

Sólo Múrcia contuvo á la africana
Falange: Teodomir la sorprendió,
Y los despojos de la hueste hispana
En la ciudad ruinosa replegó.

Los moros eran tantos, que reirse
De aquella hazaña declaró el visir.
Múrcia al primer asalto iba á rendirse...
Y tres supo en tres días resistir!

Aquel vencido pueblo no se humilla;
Nunca la muerte le causó temor.
Rendirse sin luchar causa mancilla,
Y no hay pueblo posible sin honor.

Cuanto más rudas eran las batallas
Y más fieles se veían sucumbir,
Más héroes coronaban las murallas,
Por la pátria dispuestos á morir.

«¡Treinta días de ataque no lo doman!...
El moro no sabia qué pensar:
«Apénas son tres mil; ¿de dónde toman
La sangre que les hago derramar?»

El teniente Tharich: «Mueren poseidos
De que tienen al fin que perecer.
Prometamos la vida á los vencidos.»
Y dijo Azis: «La puedes prometer.»

Pronto vuelve Tharich: «La vida es poco
Para el pueblo que encierra esa ciudad.
La libertad reclama altivo y loco.
—«Promételes tambien la libertad.»

Vuelve otra vez Tharich: «Múrcia no encierra
Más que mónstruos de orgullo y de altivez.
Exigen los honores de la guerra!»
—«Por Mahoma, que mueran de una vez!...»

Mas dió el emir la vuelta á la muralla,
Y cambió poco á poco de pensar;
Que vió al cristiano pronto á la batalla,
Y las lanzas de acero vió brillar.

Tharich, que lo escoltaba: «Me parece,
Dijo al emir, que no hubo vencedor
Más glorioso que vos, y que merece
Vencido tan valiente algun honor.

«Promete ser la lucha formidable.
Tiempo y soldados perdereis, emir;
Les llevo una respuesta favorable?»
Y cansado, Azis dijo: «Puedes ir.»

Abrió sus puertas Múrcia, y con alteza
El cortejo en silencio se acercó;
Herido, Teodomir á su cabeza
Ante el emir de pronto se paró.

«¿Ves, sultan vencedor, quién me acompaña?
Ves sus largos cabellos, su alba-tez?
Las mujeres de Múrcia, por la España
Vengaron á sus muertos otra vez.»

Con la hidalguía, Azis, de un gran soldado,
Dijo al ver tan sublime heroicidad;
«A las mujeres nunca he despojado;
Múrcia es vuestra, sus muros conservad.»

Ante el valor depuso sus poderes
Abd-el-Azis-ben-Muza, el gran visir,
Y á Múrcia dió por reino á sus mujeres,
Que tomaron por rey á Teodomir.

JUAN B. ENSEÑAT.

A MI AMIGA LA SEÑORITA
DOÑA RAMONA FRANCES
MANDÁNDOLE EJEMPLARES DE MI ODA «ARTÁ.»

Aspiren á la gloria
Los ambiciosos vates,
Que en mis humildes versos
Ni sueños locos ni ambiciones caben.

¿Recuerdas tú, Ramona,
De mis nativos lares
Prados, collados, lomas,
Riscosos montes, susurrantes valles?

Feliz un tiempo en ellos
Corría, tierno infante,
Cual venado que ignora
Que guarda el cazador flechas mortales.

Las armas del Destino
Hiriéronme implacables:
De entónces mis recuerdos
Engañan mi dolor, con mis cantares

No busco, pues, con ellos
Los lauros de los vates,
Busco esplayarme, busco
Que algun recuerdo tu amistad me guarde.

ESTELRICH.

PALMA.—IMPRESA DE M. ROCA.